

Salvemos los puentes que aún nos separan de ella, y una vez conseguido esto, nos será fácil terminar nuestro proyecto.

Fué, pues, con toda la gente de su guarnición, y llegó á un puente que tendría unos sesenta piés de largo.

Combatió con ayuda de los bergantines, y en breve se vió al otro lado.

Dejó allí parte de los soldados que llevaba ocupados en cegar el puente, y con unos cincuenta continuó avanzando.

Los de á caballo no pudieron seguirle, porque las condiciones del terreno no lo permitían.

Los de la ciudad, al ver tan exiguas fuerzas, cayeron sobre él tan repentinamente y con tal denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse á nado para escapar de sus manos.

Desastrosa en extremo fué para sus tropas aquella tentativa.

Los mexicanos mataron muchos indios, y prendieron á cuatro españoles.

Estos infelices fueron sacrificados y devorados por sus vencedores.

Alvarado se contristó mucho al ver las funestas consecuencias que le había ocasionado un plan tan imprudente.

—Es una locura la que he cometido, exclamaba; bien dice nuestro caudillo, que no se debe avanzar sin dejar primero llano el camino. Y lo que más me duele, es que por causa mía hayan perecido tantos infelices.

Hernan Cortés, cuando tuvo noticias de estas desgracias, fué á ver á Pedro de Alvarado, y le reprendió por su falta de prevision.

Le dió instrucciones respecto á lo que debía hacer, y se volvió á sus reales.

CAPITULO CXIII.

Donde el lector vera el riesgo que corrió Cortés, y cómo se salvó milagrosamente.



o se decidía Cortés, á pesar del espíritu que dominaba en sus tropas, á trasladar sus reales á la plaza.

Confaba en que Guatimotzin capitularia, y además comprendía el peligro que correrían sus huestes contra fuerzas tan compactas.

En efecto; en torno del supremo estandarte del imperio ondeaba la matizada enseña de Zopanco; la lúgubre enseña de Mexicalcinco, que es negra con estrellas rojas, la argentada de Tepepolco, que deslumbra con su brillo al desplegar el viento su pelícano colorido; la de Tula, ostentando en campo verde sus dos torres de nácar; la de Xochimilco, que jamás vió por tierra su cocodrilo azul; la de Atlixco, cuyas guirnaldas de rica pedrería no alcanzan á agitar los hábitos del céfiro; la de Quatitlan, blanca y ligera como espuma, levantando al menor soplo sus floripundios de oro; la singular de Quahuahuac, que se compone de dos anchos girones color de fuego, sujetos al mástil por una garra de león, trabajada de finísima plata; otras muchas, en fin, que nos sería imposible especificar.

Bástenos decir que allí se encontraban los altivos moradores de Popoloque; los bizarros hijos de Malinalco; los siempre inquietos de la bella Tazantla; los del antiguo Zopi; los que huelan la volcánica tierra de Colima; los que escuchan el perpétuo arrullo del mar Pacífico en las frescas riberas de Acapulco; los que habitan las ásperas gargantas de las sierras de Ouspa; y el

zaposeca agreste, y el belicoso muixe, y el opulento olancho, que funda su ciudad sobre ruinas de oro; y el montaraz tautamanca, cuyos dominios fragosos se han hecho tan célebres bajo el nombre de San Luis de Potosí; y el voluptuoso mescalense, y el zacualco, de cortesés modales, y el que respira todo el año deliciosos aromas en los vergeles de Totonilco.

Por último, todos los pobladores de las amenas orillas del lago de Chapala, así como también los que beben las aguas del Híacui, los que miran regados sus natales campos por las ondas del Napezle, y los que se duermen al ruido de las cataratas del Río Grande, habían acudido á reforzar la ciudad imperial para impedir que penetrasen los extranjeros.

Pero á pesar de todo, los españoles insistían en que se verificase la toma de la ciudad, y Cortés no tuvo más remedio que acceder á aquellos reiterados propósitos.

Envió instrucciones á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado respecto á lo que deberían hacer.

El primero iría á reunirse con el segundo, dejando escondidos en la calzada, tras de unas casas, á diez de á caballo para que si los mexicanos, creyendo que huían, salían en su persecución, pudieran alancearlos.

Una vez al lado de Alvarado, debía Sandoval tomar los tres bergantines y dirigirse á ganar el sitio en donde aquel había sido derrotado el día anterior.

Le recomendó eficazmente que no se alejase nunca sin dejar todo el terreno que fuese conquistando en condiciones favorables para una retirada; y en cuanto á Alvarado, le decía que se internase cuanto pudiera en la ciudad, y que le enviase ochenta españoles.

Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por ambas lagunas.

Repartió la tropa que tenía á sus órdenes en tres grupos, porque para ir á la plaza había tres calles.

Por una entraron el tesorero y el contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores, para cegar los caños de agua, allanar los puentes y derribar las casas.

Por otra envió á Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta soldados españoles y más de diez mil indios.

Defendiendo la entrada de esta calle quedaron ocho soldados de á caballo y dos piezas de artillería.

Cortés eligió la calle restante, seguido de gran número de indios y de cien españoles de á pié de los cuales eran veinticuatro ballesteros y arcabuceros.

De esta manera entraron todos á un tiempo en la ciudad, derrocando hombres y albarradas, y ganando puentes.

Los tlaxcaltecas y demás indios aliados escalaron las casas y cogieron pingües despojos.

Cortés les decía que no pasasen más adelante, que bastaba con lo hecho, no fuera que recibieran algún revés.

Continuamente les advertía que cegasen los canales conforme los fuesen atravesando, porque de esta precaución dependía principalmente la victoria.

De pronto vió Cortés que los que habían salido con el tesorero real venían huyendo.

En su precipitada fuga, al verse alcanzados por sus enemigos se arrojaban al agua, pero sus perseguidores hacían lo propio y allí les daban la muerte.

Logró Cortés, auxiliado por los soldados que le acompañaban, salvar á muchos de los fugitivos, que hubieran perecido ahogados á no ser por su protección.

Cuando se hallaba entretenido en esta maniobra, se vieron rodeados de multitud de mexicanos.

La sorpresa fué tal, que ya se habían apoderado algunos de Hernan Cortés, y se le hubieran llevado, á no ser por un criado llamado Francisco Olea.

Este fiel servidor, el ver en inminente estado à su amo, cortó las manos de una cuchillada al que le sujetaba.

Desgraciadamente su generosidad le costó la vida.

Un mexicano que se hallaba al lado suyo le descargó tan fuerte golpe con su macana, que le mató en el acto.

La lucha era cada vez más encarnizada.

Todos procuraban rodear á Cortés, y corría peligro de caer en manos de los enemigos, cuando Antonio de Quiñones, blandiendo la lanza y acometiendo con singular pujanza, pudo abrirse paso hasta donde estaba el caudillo, y logró sacarle de aquel furioso grupo.

La noticia de que Cortés había caído en poder de los contrarios circuló con rapidez entre sus soldados, y todos á porfía acudieron, deseando libertar á su jefe.

Cortés, seguido de los suyos, batiéndose en retirada, llegó á la calle de Tlacopan.

El combate continuó.

En vano el gran capitán español hacía uso de su notable pericia.

En vano desplegaba su singular energía

En vano hacía continuo alarde de su personal arrojo.

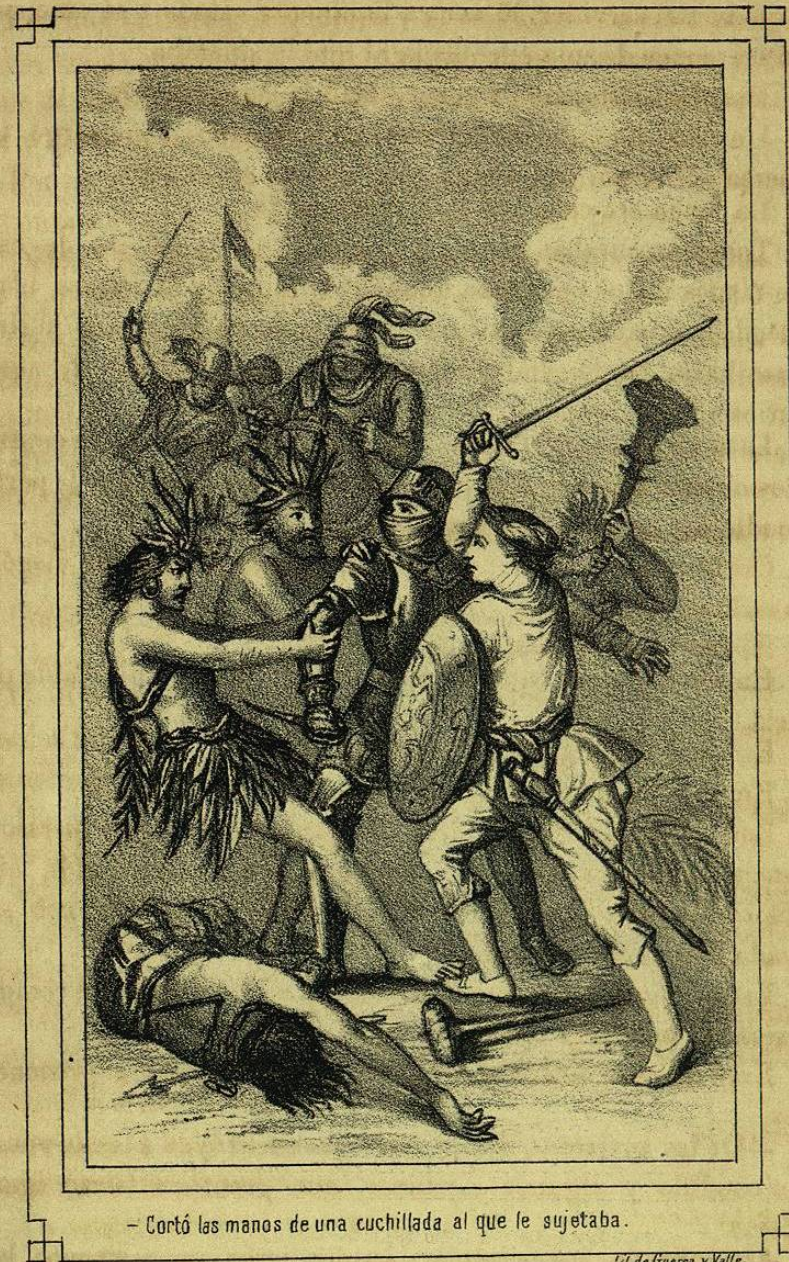
Los mexicanos se defendían con tanto ardor como perseverancia, animándoles con su ejemplo el mismo emperador, que disputaba palmo á palmo el terreno, á que se lanzaba con sobrada temeridad el enemigo.

Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les arrojaron desde una casa tres cabezas.

Eran de unos infelices españoles que habían caído prisioneros.

—Os las enviamos, decían, para que sustituyan á las de vuestro caudillo y algunos capitanes, que pronto sufrirán igual suerte.

Aterrorizados los españoles, suspendieron un momento las hostilidades.



— Cortó las manos de una cuchillada al que le sujetaba.

Un instante despues vieron subir á las torres próximas á los sacerdotes, y en preciosos braserillos quemar yerbas olorosas en señal de victoria.

Condujeron despues á los españoles prisioneros, que serian unos cuarenta; les desnudaron, les arrancaron el corazon para ofrecérselo á los dioses, y regaron el suelo con la sangre de sus víctimas.

Los españoles sufrían horriblemente, no pudiendo acudir al socorro de sus hermanos.

Pero los enemigos formaban una masa tan compacta y peleaban con tal desesperacion, que era de todo punto imposible arrollarlos.

Murieron más de dos mil indios del ejército de Cortés.

El recibió una herida en una pierna, y de sus compañeros tambien hubo muchos heridos y contusos.

Tambien se perdieron en la refriega tres ó cuatro caballos, una pieza de artillería é infinitas canoas.

De los españoles que combatian á las órdenes de Alvarado, tambien perecieron cuatro.

Fué aciago aquel dia, y triste y dolorosa la noche para los españoles.

Los mexicanos celebraron aquella victoria con grandes bailes, banquetes y estrepitosa algazara; abrieron las calles y canales como ántes los tenían, y por la mañana temprano recorrieron las tribus vecinas, llevando dos cabezas de españoles y otras de dos caballos como prueba del triunfo obtenido, exhortando á todos á que rompiesen la amistad con los extranjeros, y asegurando que muy en breve quedarian destruidos por completo.

Los sacerdotes, por su parte, anunciaban en altas voces revelaciones celestes, profetizando el próximo é inevitable exterminio de los mónstruos de Oriente.

—Cansado está Tezcalepuzca, decian; cansado está de sufrir

los ultrajes de esos impíos, y ha ordenado á Tonatíoh salga en breve á iluminar la sangrienta hora de la justicia.

Huitzilopochtli se ha levantado indignado de su carro de fuego, y ha hecho resonar en nuestros oídos estas tremendas voces:

—«Sobrado tiempo he dejado á Tlacotecolt someter mi pueblo amado á pruebas amargas y vergonzosas, de las cuales ha salido con gloria, acrisolando su valor en la desventura.

«Tiempo es ya de que terminen los desastres del imperio que me adora y que ha llevado mi nombre por cuanto mira desde su trono excelso el dios de luz, para quien nada es desconocido.

«Tiempo es ya de que mis altares vuelvan á lavarse cada día con sangre de los enemigos de mi pueblo, y que se levante éste, grande y fuerte entre todos los del mundo, como la ceiba gigante en medio de los frágiles arbustos.

«Venga Tlacotecolt á apacentarse en dolores, á beber lágrimas, á recrear su oído con la armonía de los gemidos; pero guárdese de buscar por víctimas á aquellos á quienes yo cobijo con mi escudo.

«Allí están los impíos que han venido de países desconocidos para traer á las tierras de mis adoradores sus extranjeras deidades.

«¡Ellos son tuyos! ¡Oh implacable Tlacotecolt! ¡Son tuyos ya, y la victoria no volverá jamás á tenderles sus palmas! ¡Desdichados de aquellos á quienes halle la luz de la venganza cerca de los impíos! ¡Desdichados de aquellos que se retiren de mis altares santos para rendir tributo á dioses desconocidos!»

Mucho preocuparon á Cortés estas noticias.

Temía que sus aliados le abandonaran; pero la Providencia no permitió que esto sucediera.

A los dos días de la desastrosa batalla que acabamos de referir, llegaron al cuartel de los españoles algunos de sus aliados de Coahunauac á pedirle refuerzos para combatir á los de Malinal-

co y Cuixco, que continuamente les hostilizaban, arrebatándoles los víveres y cometiendo toda clase de excesos.

Hernan Cortés, aunque tenía más necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió su amparo.

Algunos de sus capitanes se oponían á ello; pero el ilustre caudillo les convenció de lo conveniente que era atender á sus súplicas, porque de lo contrario perderían el prestigio que disfrutaban entre ellos.

Ordenó, pues, que saliesen ochenta peones españoles y diez de á caballo, y nombró jefe de ellos á Andrés de Tapia.

Andrés de Tapia corrió á reunirse con los que con tanta insistencia pedían auxilio, y saliendo á buscar los enemigos, los encontró en una aldea cerca de Malinalco.

Peleó con ellos en campo raso, los desbarató y los siguió á la ciudad, que está situada en un elevado cerro, inaccesible para los caballos.

Volvió en seguida al cuartel general á dar cuenta de su expedición á Cortés, seguro de que el escarmiento que había hecho aseguraría la tranquilidad á los habitantes de Coahunauac.

Pocos días después acudieron otros aliados, quejándose de que los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, les hacían cruda guerra, y que les habían destruido la tierra, quemado el lugar y matado mucha gente.

Añadieron que se dirigían hacia México con el propósito de pelear con los españoles, para que salieran entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que el remedio urgía, porque se hallaban á doce leguas, y su número era considerable.

Cortés comprendió la gravedad que encerraba aquella noticia, y envió á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos, cien peones y muchos indios de aquella serranía.

Obraba de este modo el ilustre caudillo, no sólo por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, sino por socorrer á aquellos.

Sandoval partió, y durmió dos noches en tierra de Otomitlh, que estaba destruida por las tropelías de las tribus vecinas.

Llegó despues á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran despojo de un pueblo que acababan de quemar.

Los mexicanos huyeron al ver á los españoles, y éstos lograron aprovecharse de una buena parte del botin, que aquellos abandonaron en la huida.

Los fugitivos pasaron otro rio, y se detuvieron en un llano. Sandoval les siguió.

Arremetió á ellos con los caballos.

Llegaron luego los de á pié, y les causaron gran destrozo.

No desmayaron por esto los vencidos.

Se retiraron á Metalcinco, y allí esperaron á sus perseguidores.

—¡Compañeros, dijo Sandoval entónces á sus soldados, poco nos falta para obtener la victoria! ¡Marchemos á tomar posesion de esa ciudad! ¡Que no se oculte el sol sin ver ondear en sus torres la bandera de Castilla!

Y al terminar estas palabras, comenzó de nuevo un encarnizado combate.

En él perecieron más de dos mil mexicanos.

Los demas se retiraron á un cerro, dispuestos á vengar á sus hermanos.

En esto llegaron unos setenta mil indios de los que formaban parte de la division de Sandoval, y cayendo sobre los enemigos, les hicieron abandonar por completo la ciudad.

Despues de entregarse al saqueo, la incendiaron.

Se disponian á continuar avanzando para someter á la obediencia á otros lugares vecinos, y el cacique de uno de ellos se presentó á jurar fidelidad, ofreciéndose tambien á pacificar á los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco.

Así lo verificó, en efecto, y el valiente capitan español se retiró con todo su ejército á dar cuenta al caudillo del resultado de su expedicion.

CAPITULO CXIV.

Una embajada de paz, que se traduce en guerra.



VIA Cortés con pena que á pesar de las desesperadas luchas que venian sosteniendo con los mexicanos y á pesar de las victorias que alcanzaba, no lograba someter á su obediencia la ciudad imperial; y deseando poner término á aquellos desastres, envió á algunos de los prisioneros que tenia, en calidad de emisarios, para tratar la paz con Guatimotzin.

Llegaron, pues, á la ciudad, y al tener el emperador noticia de que iban en nombre de Hernan Cortés:

—Sean dignamente recibidos esos embajadores, dijo; ya sean mexicanos, ya extranjeros; su mision es sagrada é inviolables sus personas.

En seguida se preparó á escucharles, reuniendo en el salon de audiencias á sus ministros y consejeros.

Vivísima impresion produjo en la ciudad la entrada de aquellos nuevos plenipotenciarios, que llegaron á palacio entre oleadas del pueblo y bajo la proteccion de una escolta mexicana.

Turbados estaban al presentarse á su emperador.

Echábase de ver que no juzgaban muy honorífica la proposicion de que eran portadores.

Sólo despues de haber sido alentados con benévolas frases que les dirigió Guatimotzin, osó expresarse en los términos siguientes el más audaz de los tres:

—¡Señor! ¡Mi señor! ¡Gran señor! El malinche Hernan Cor-